

El almirante declaró que no regresaría hasta que los barcos hubieran perdido dos veces sus jarcias.

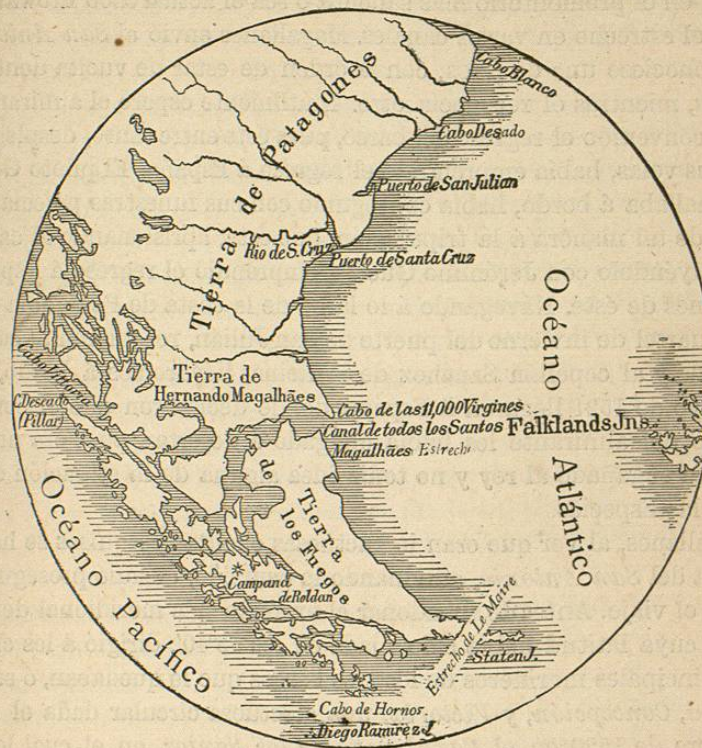
Navegando de esta suerte alcanzaron al fin, teniendo siempre á la vista la desolada costa, una espaciosa bahía á la que denominaron puerto de Santa Cruz. Y como los temporales hubiesen maltratado en gran manera los barcos, permanecieron allí hasta el 18 de octubre, en cuya fecha prosiguieron navegando más hacia el Sur, llegando el 21 del mismo mes, después de doblar un promontorio que se elevaba atrevidamente en dirección Sudeste, á un ancho brazo de mar que se internaba en el país hasta perderse de vista.

Inmediatamente envió Magallanes dos pequeñas carabelas á practicar un reconocimiento, mientras él, con el corazón palpitante de ansiedad, esperaba noticias con los otros barcos á la entrada del estrecho. Uno de los barcos volvió pronto, manifestando su tripulación que sólo habían encontrado una bahía cerrada por altas montañas hacia occidente. La otra carabela, por el contrario, trajo mejores noticias. Su capitán se había atrevido á más que el de la otra, pues luego de haber cruzado la primera bahía penetró en un estrecho bastante angosto que le condujo á otra segunda bahía, y desde ésta, navegando por otro estrecho, llegó á otra mayor que las anteriores. La sonda encontró en todas partes un gran fondo surcado por fuertes corrientes, lo cual llegó á darles la seguridad de que aquel canal era realmente el tan buscado paso del Sur que conducía á la India.

Inmediatamente convocó el almirante á sus capitanes y pilotos para tratar de las medidas que había que tomar. Y por más que en esta reunión se demostrase que sólo se contaba con provisiones para tres meses, y que el piloto Esteban Gomez dijese, que era una temeridad penetrar con tan pocos víveres en los desconocidos recodos del estrecho, decidióse pasarlo en cuanto Magallanes, con su inquebrantable firmeza, declaró que pensaba cumplir la palabra dada al rey, aun cuando tuviese la certeza de que para llegar al fin hubiese de comer el velamen de los barcos. Bajo pena de muerte prohibióse volver á hablar de regreso, y después de haber confesado y comulgado todos, entró la escuadra en las desconocidas aguas del estrecho, el cual, lo mismo que toda la costa de Patagonia, ofrece pocos é inseguros puertos, al paso que las fuertes corrientes, los arrecifes que se encuentran debajo del agua y los furiosos huracanes, hacen sumamente peligrosos aquellos mares para los buques de vela.

La primera ensenada espaciosa situada al Oeste del Cabo de las Once mil Vírgenes pasóla pronto; salvada ésta, iban estrechándose sensiblemente las áridas y escarpadas mesetas de la Patagonia y del país situado al Sur, á tal extremo que sólo había un estrecho canal que daba

paso á una segunda ensenada. Por todas partes se presentaban á los ojos de los descubridores altos y negros riscos que impedían toda vista á mayor distancia de kilómetro y medio, pareciéndoles que se hallaban en un inmenso laberinto del que sólo podrían salir retrocediendo. No se veía el menor arbusto sobre las peñas, que en su desaliñado conjunto presta-



Carta del Estrecho de Magallanes

ban al país aspecto semejante al que nos figuramos al pensar en el paisaje que ofrecería un planeta en descomposición.

Con una avanzada de algunos botes que sondeaban constantemente las aguas cruzó Magallanes, después de pasar la segunda ensenada, un estrecho canal. Como con frecuencia divisaran fogatas en las costas meridionales, dió á este país el nombre de *Tierra de los Fuegos*, ó *Tierra del Fuego* que aún conserva. No vieron ningún ser humano en aquellos inhospitalarios desiertos.

Después de haber pasado felizmente el segundo estrecho formaba éste una curva é iba ensanchándose gradualmente en dirección al Sur, á la vez que la costa de Patagonia tomaba carácter más montañoso, pues allí

se elevaban los últimos remates de las Cordilleras cuya formidable cadena no habían de conocer los españoles hasta mucho después. Todos estos remates estaban cubiertos de oscuros bosques de hayas y magnolias, entre los cuales divisábanse extensas llanuras sin árbol alguno.

En el centro del estrecho, en el sitio mismo donde terminan las Cordilleras, en el promontorio más saliente, ó sea el actual cabo Froward, dividíase el estrecho en varios canales. Magallanes envió al *San Antonio* á que reconociese uno de éstos, con la orden de estar de vuelta dentro de tres días, mientras él reconocía otro. Inútilmente esperó el almirante en el sitio convenido el regreso del barco, pues éste entre tanto, desplegando todas sus velas, había emprendido el regreso á España. El piloto Gómez, que se hallaba á bordo, había conseguido con sus funestras pofecías desanimar de tal manera á la tripulación, que ésta, aprisionando al capitán y sustituyéndolo con Jerónimo Guerra, emprendió el regreso á España á las órdenes de éste. Navegando á lo largo de la costa de Patagonia llegaron al cuartel de invierno del puerto de San Julián, recogieron al capitán Cartagena y al capellán Sanchez de la Reina, lleváronlos á bordo, y el 6 de mayo de 1521 llegaron á España, donde declararon que el comportamiento del almirante les había obligado á desertar, pues era un loco que había engañado al rey y no tenía idea alguna de la stiuación de las islas de las Especies.

Magallanes, al ver que eran infructuosas cuantas pesquisas se hacían en busca del *San Antonio*, adivinando lo ocurrido, decidió proseguir sin dilación el viaje. Antes de abandonar el extremo más meridional del continente, cuya latitud había sido fijada en los 53°40', dirigió á los capitanes y principales marineros de los tres barcos que le quedaban, ó sean el *Trinidad*, *Concepción*, y *Victoria*, una afectuosa circular dada el 21 de noviembre de 1520 en el *Canal de todos los Santos*, en el cual los exhortaba de nuevo á perseverar en su empresa; emprendieron después su marcha por el canal que les pareció el más ancho y cómodo de todos. Este torcíase marcadamente hacia Nordeste ofreciendo al principio buenas aguas para la navegación, cuyo cauce se iba estrechando más adelante por gran número de islas, ensanchándose de nuevo hacia la salida al Océano Pacífico.

Paisajes verdaderamente grandiosos desarrollábanse á la vista de los descubridores. Pasaron por cerca de unos compactos paredones cortados perpendicularmente que parecían labrados y pulimentados por los cíclopes, y que estaban cubiertos de musgo y hiedra. Al Sur, y al final de un ancho canal lateral, relucía una pirámide de hielo y nieve que se divisaba desde muy lejos y que elevaba su cúspide á gran altura entre las nubes: era el Montblanc de la Tierra del Fuego, el actual Monte Sarmiento.

Magallanes dió á este elevado pico, que tiene unos 2,400 metros de altura, el nombre de *La campana de Roldán*. En otros parajes veíanse brillar entre angostas gargantas y hendiduras de roca, formidables glaciares que, cual congelados Niágaras, colgaban entre los negruzcos riscos empujando sus cristalinas masas verde-azuladas hasta las oscuras olas del mar. También veíanse descender de las altas cumbres nevadas centenares de torrentes que rebotaban por los paredones formando magníficas cascadas convertidas en espuma al llegar al fondo.

En esta parte del estrecho tuvieron que proceder los marinos con gran precaución, pues en aquel sitio se desencadenan casi sin interrupción fuertes huracanes que, bajando de las peladas rocas, engendran en aquellas aguas limitadas para la navegación gran número de esas rompientes coronadas de espuma que el marino conoce con el nombre de «olas del diablo,» y que son principalmente peligrosas para los barcos de vela. A esto hay que agregar que allí se encuentra la marea del Atlántico con la que viene del Pacífico desde el Oeste. Terrible estruendo produce el choque de los dos Océanos, sobre cuyas agitadas aguas flotan espesos nubarrones como si quisieran aplastar con su peso las altas olas.

Con gran precaución siguió Magallanes su curso hacia el Noroeste, andando siempre por la noche y haciendo por el día que fueran sondeando los botes de avanzada. Gran suerte fué la suya en no meterse en la profunda bahía de Otway Water, inmenso callejón sin salida cuyo reconocimiento hubiera costado meses enteros.

Después de haber navegado bastante por la parte occidental del estrecho, al quinto día volvió precipitadamente uno de los botes sondeados con la alegre noticia de que habían llegado al extremo del estrecho, y que desde más allá de un promontorio se veía un ilimitado mar. Profundamente conmovido, y con lágrimas en los ojos, dió orden Magallanes de disparar todos los cañones, y al estruendo de estas salvas de júbilo salió la pequeña escuadra, el 28 de noviembre, á las azuladas olas del mar occidental. El gran problema estaba resuelto, y Magallanes se tenía por el hombre más feliz, pues veía abierto ante sí el camino para la India y pensaba en las grandes mercedes y recompensas que le concedería el rey de España (1).

Efectivamente Magallanes podía considerarse dichoso por haber pasado el peligroso estrecho tan pronto y sin contratiempo alguno, pues sólo había empleado tres semanas, y de éstas había que descontar los días que había pasado esperando al *San Antonio* y á los barcos enviados para el sondeo. Si consideramos algunos viajes emprendidos posterior-

(1) Véase: *Historia de las Indias*, de Gomara.

mente por otros navegantes, entre ellos B. Loaysa, que tardó ciento veinte días; Byron, cincuenta y uno; Bougainville, sesenta; Wallis, ciento dieciséis, en atravesar el estrecho á causa de lo que tuvieron que luchar con las tempestades y corrientes, se verá que la travesía de Magallanes, que no estaba como los otros provisto de cartas, ha sido una de las más rápidas hechas por los buques de vela que han surcado aquel estrecho.

En recuerdo del resultado obtenido dió Magallanes al promontorio situado á la salida del estrecho, y que eran dos peñas cónicas, el nombre de *Cabo Deseado* (1), y al punto situado enfrente el de *Victoria*, en recuerdo del barco que había surcado por primera vez el paso del Sur. Al estrecho mismo, cuya longitud se apreciaba en 110 leguas, le bautizó el almirante con el nombre de *Canal de Todos los Santos*, cuyo nombre se ve en todas las antiguas cartas españolas. Más adelante se le dieron los nombres de *Estrecho Patagónico*, *Estrecho de la Nave Victoria* y *Estrecho de Magallanes*. Este último ha prevalecido sobre los demás, conservándose en la Geografía como un monumento dedicado á los inolvidables servicios prestados por el gran navegante.

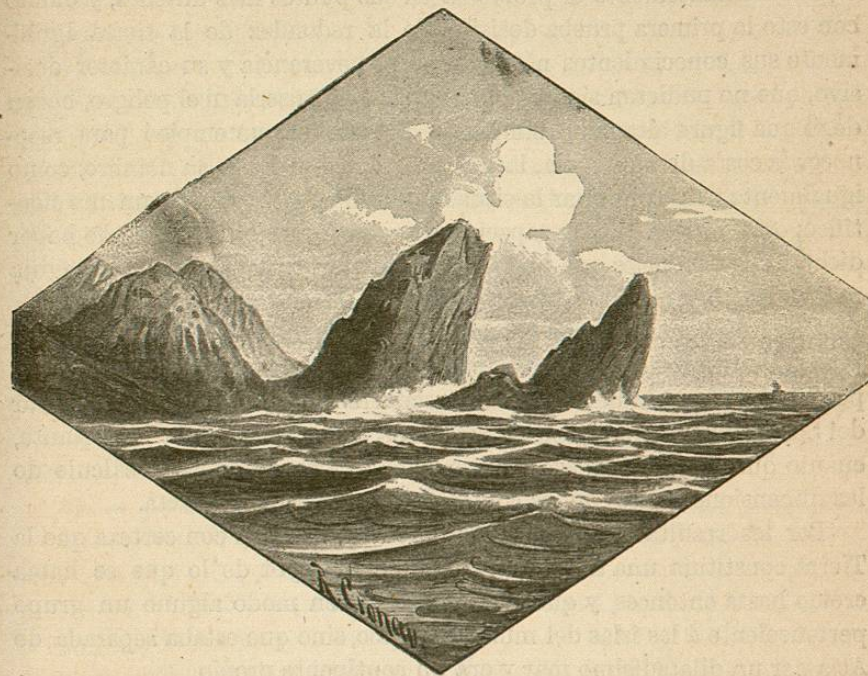
Después que Magallanes penetró con su escuadrilla en el mar del Sur, siguió en dirección Norte á lo largo de la costa occidental del Continente, que formaba un verdadero laberinto de islas y fiordos hasta llegar á los 37° de latitud meridional, emprendiendo desde allí nuevo rumbo Noroeste en dirección á las islas de las Especies. Desde aquí deja de ser interesante para la historia de América la continuación del viaje.

Mencionaremos brevemente que un destino singular quiso que Magallanes, en su travesía por el Océano occidental, al que denominó Océano Pacífico á causa de la suavidad de sus vientos, sólo descubriese de la rica región de las islas polinesias dos pequeños, áridos y desolados desiertos, que no ofrecieron ocasión alguna de reponer las escasas provisiones. Sin duda alguna pasó el Ecuador bajo los 152° de longitud occidental. El aterrador fantasma del hambre presentábase cada vez más imponente; enfermedades desconocidas hasta entonces diezaban á la tripulación, y principalmente el escorbuto, el mayor enemigo del marino, hacía numerosas víctimas. «Navegamos, dice Pigafetta, el cronista de la expedición, tres meses y veinte días sin repostarnos de vituallas. La galleta se había convertido en polvo, que estaba lleno de gusanos y excremento de ratas; el agua potable estaba turbia y olía mal. Comíamos cuero de vaca, del que se pone debajo de las vergas para que no se estropeen las jarcias. Como este cuero había estado expuesto constantemente al sol, al

(1) Hoy se llama Cabo Pilar ó Pilares.

viento y á la lluvia, teníamos que dejarlo ablandar días enteros en agua de mar y tostarlo después entre ceniza caliente para poderlo comer. Las ratas se pagaban á media corona cada una. Si no hubiéramos tenido la ayuda de Dios y vientos tan favorables durante la larga travesía, hubiésemos muerto todos de hambre. Creo que ningún hombre emprenderá jamás viaje semejante.»

Por fin el 6 de marzo del año 1521 descubrieron algunas islas pertene-



Cabo Deseado (Dibujo original de Rodolfo Cronau)

cientes al archipiélago de los Ladrones, desde el cual llegaron después á las islas de San Lázaro ó Filipinas. Allí encontró Magallanes la muerte, en un combate con los habitantes malayos de Mactan el 27 de abril. Al intentar con escasas fuerzas un ataque contra los isleños, fué herido por una flecha envenenada y tuvo que dar la orden de retirada. Esta retirada terminó en precipitada fuga en vista de la insistente persecución de los vencedores; así es que el almirante tuvo que sostener con unos pocos compañeros el formidable ataque de los indígenas y sucumbió al fin. Un tremendo tajó le hizo caer de bruces contra el suelo, y entonces se abalanzaron los enemigos contra él para rematarle.

«Ya en tierra, dice Pigafetta, volvió los ojos el almirante hacia nos-

otros para ver si estábamos todos en salvo. ¡Así murió nuestro ejemplo, nuestro faro, nuestro consuelo y fiel guía!»

Magallanes murió á los cuarenta y un años de edad. Por más que no llegó á recoger los frutos de su empresa, que ha sido alabada con justicia como la mayor hazaña náutica de los siglos, su nombre está escrito con caracteres indelebles en el libro de la Historia, pues fué el primero que se atrevió á dar la vuelta al mundo siguiendo un plan fijo y bien trazado, resolviendo brillantemente el problema en sus puntos más difíciles, y dando con esto la primera prueba decisiva de la redondez de la tierra. Igualmente sus conocimientos náuticos, su perseverancia y su carácter decisivo, que no pudieron siquiera amenguar ni la miseria ni el peligro, hacen de él una figura altamente simpática. El sistema que empleó para reconocer la costa de Patagonia, la del estrecho que lleva su nombre, como igualmente para consignar la situación de éste, fué verdaderamente científico; otra prueba de su capacidad se encuentra en el hecho de haber dicho á sus timoneles que tuviesen en cuenta la desviación de la aguja magnética para conservar con seguridad el rumbo hacia las Molucas.

Con juicio acertadísimo ha demostrado el maestro de la ciencia, Alejandro de Humboldt, la gran importancia de la travesía llevada á efecto por Magallanes, añadiendo que el descubrimiento y navegación del mar del Sur, implica para la Cosmografía una etapa tanto más importante, cuanto que por ella empezó á verse libre de ideas erróneas el cálculo de las dimensiones reales de los continentes y mares del planeta.

Por los resultados obtenidos en este viaje súpose con certeza que la Tierra constituía una circunferencia mucho mayor de lo que se había creído hasta entonces, y que América no era en modo alguno un grupo perteneciente á las islas del mundo asiático, sino que estaba separada de Asia por un dilatadísimo mar y era un continente propio.

La muerte de Magallanes fué para la expedición un golpe tremendo, y en su vista los navegantes acordaron volver cuanto antes á España. Como la tripulación era insuficiente para el servicio de los tres barcos, decidieron incendiar la *Concepción*, que era el peor de ellos, realizado lo cual, y corriendo múltiples aventuras, visitaron las islas de Mindanao, Cagayán, Palauán y Borneo, y el 8 de noviembre de 1521 llegaron á las Molucas ó islas de las Especies, que fueron el constante y único objeto del viaje, objeto tan deseado como costosamente conseguido.

En este punto entablaron los españoles con el rajá de Tidor ventajosos contratos de tráfico, cargaron sus barcos con un rico cargamento de especias, y ya se disponían á emprender el regreso á la patria el 17 de octubre por el extremo meridional de Africa, cuando de improviso sufrió la *Trinidad* una gran avería, á consecuencia de la cual fué necesario hacer á

este buque una reparación completa. La tripulación de la *Victoria* no quiso esperarse, y el 21 del mismo mes se hizo á la vela, á las órdenes de Sebastián del Cano. Durante la travesía tuvieron que luchar con grandes peligros; de los 47 europeos y 13 malayos que componían la tripulación, perecieron 21; otros 13 fueron presos al llegar á las islas de Cabo Verde, que se hallaban en poder de los portugueses (1) y retenidos por éstos, mientras los demás, entre los que había 18 europeos, anclaron el 6 de septiembre de 1522 en el puerto de Sanlúcar, de donde había salido la escuadra hacía tres años.

La tripulación de la *Trinidad*, que había quedado en Tidor, intentó en vano entretanto, después de concluída la reparación del barco, cruzar el Grande Océano, para llegar á México. Rechazados por fuertes borrascas, tuvieron que abandonar el buque y pedir auxilio á los portugueses habitantes de las Molucas; pero éstos, en vez de auxiliar á los naufragos, los hicieron prisioneros y los detuvieron algunos años en sus colonias. La mayoría de estas pobres gentes fué víctima de las enfermedades, pues con toda intención los mandaban á habitar lugares malsanos con el fin de librarse, sin verter sangre, de aquellos sus rivales en la posesión de las islas de las Especies. Tan sólo tres de aquellos infelices llegaron á España después de algunos años de cautiverio. Por consecuencia, de las 239 personas que habían partido con Magallanes, nada más que 21 volvieron á pisar el suelo patrio.

«¿Qué son, pregunta el cronista Gomara, los trabajos y peligros de Ulises, en comparación de los que tuvieron que sufrir Magallanes, Sebastián del Cano y sus compañeros? El *Argos* de Jasón, con tanta frecuencia citado por los historiadores y poetas, es de escaso mérito al lado del *Victoria*. Las travesías realizadas por los barcos del rey Salomón fueron grandes; pero la llevada á efecto por el del Emperador Carlos V fué infinitamente más grandiosa é importante. Este buque debía de haberse conservado, como recuerdo eterno de tales triunfos, en el arsenal de Sevilla; pues él fué el primero que, á semejanza del sol, había circundado por completo el planeta.»

Poseído de la misma admiración que Gomara, dice Transilvanus:

«Verdaderamente, estos intrépidos navegantes son mucho más acree-

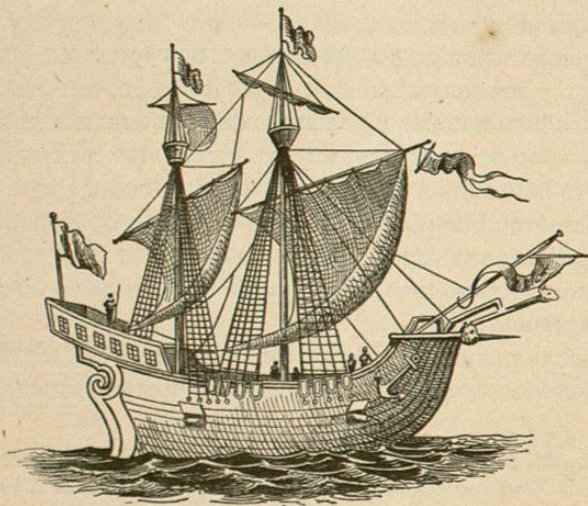
(1) En las islas del Cabo Verde tuvieron los navegantes una gran sorpresa. «Cuando quisimos ver, dice Pigafetta, si nuestra cuenta del tiempo estaba en orden, supimos con gran admiración que era jueves cuando nosotros teníamos miércoles. Y sin embargo, yo, que siempre disfruté de perfecta salud, había llevado con el mayor cuidado mi diario. No podíamos explicarnos tan extraño suceso, hasta que supimos más tarde que esta diferencia de tiempo tiene lugar cuando se circunda la Tierra de Oriente á Occidente.»

dores al recuerdo y fama universal que los argonautas, y su barco *Victoria* merece, con mayores títulos que el *Argos*, figurar en los anales históricos.»

Los pocos expedicionarios que regresaron en compañía de del Cano, además de la justa fama que alcanzaron, obtuvieron considerables beneficios pecuniarios, pues las quinientas treinta y tres arrobas de clavos de especia que constituían el cargamento de su buque produjeron tal rendimiento que el costo de la escuadra fué cubierto con exceso, quedando un buen sobrante para repartirlo entre la tripulación. Todos alcanzaron un buen dividendo; además se les dió una considerable gratificación, y á del Cano se le asignó una pensión vitalicia de 500 ducados, y un escudo conmemorativo del descubrimiento de las islas de las Especias, cuya cimera ostentaba un globo terráqueo con esta inscripción: *Primus circumdedisti me* (tú eres el primero que me has rodeado) (1).»

(1) Juan Sebastián del Cano, que vió en Valladolid al emperador Carlos V, obtuvo de éste, como premio principal de su atrevida empresa, título de nobleza con un escudo de armas: en su primera mitad, en lo alto, llevaba en campo de gules un castillo de oro; en la mitad inferior, un campo dorado sembrado de especería con dos palos de canela, tres nueces moscadas en aspa y dos clavillos de especia; encima un yelmo con la visera calada y por cimera un globo con la citada inscripción.

(N. del T.)



La Victoria. De un grabado en madera del siglo XVI



Francisco Pizarro. De un grabado del siglo XVI

FRANCISCO PIZARRO Y LA CONQUISTA DEL PERÚ

Más de diez años habían transcurrido desde que Vasco Núñez de Balboa descendiera, el 29 de septiembre del año de 1513, de las montañas que cruzan el istmo de Darién para tomar posesión solemne del Mar del Sur y de todos los países colindantes.

Ya en el primer volumen de nuestra obra hemos consignado que Balboa en aquella época había logrado obtener noticias precisas acerca de un gran reino situado al Sur, y que se había ocupado asiduamente en el plan de descubrir y conquistar dichos territorios, el cual plan quedó paralizado á causa de las intrigas de que el descubridor del mar del Sur fué víctima por parte de su rival Pedro Arias Dávila.